

Desobedecer para no ser cómplices

Carolina Bartalini¹
María Laura Delgadillo
Liliana Furió
Analía Kaline
Lorna Milena
Lizzi Raggio
Bibiana Reibaldi
Elizabeth Rodríguez

Resumen

El presente trabajo relata las experiencias en primera persona de integrantes de Historias Desobedientes, colectivo que nuclea a hijxs y nietxs de genocidas que abrazan las banderas de Memoria, Verdad y Justicia. Pensar en la memoria es pensar en retener y recordar el pasado. Es oportuno entonces pensar de dónde viene aquello que recordamos: puede ser una experiencia pasada o puede ser la experiencia de otro que nos es transmitida. El recuerdo será entonces una evocación. La realidad ocurre una sola vez y cualquier reproducción que se haga de ella está condenada a la adulteración, a la distorsión, al simulacro. En este sentido el pasado puede ser maleable, abierto a la manipulación y su reconstrucción será en función de nuestra identidad presente. Desde nuestras experiencias intentaremos reflexionar acerca de la “historia oficial”, los modos en que fueron transmitidos y vivenciados los hechos ocurridos durante la última dictadura cívico eclesiástico militar al interior de nuestras familias, nuestras trayectorias escolares, los círculos sociales por los que hemos transitado, la significación de la instalación del 24 de marzo como feriado nacional, las consecuencias personales y sociales de los juicios por la verdad y el fallido intento del 2x1 como punto de partida al surgimiento de Historias Desobedientes, organización colectiva de quienes mantenemos un vínculo filiatorio con los genocidas.

¹ Integrantes del Colectivo Historias Desobedientes: hijas, hijos y familiares de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia historiasdesobedientes@gmail.com

Desobedecer para no ser cómplices

Quisiéramos comenzar este escrito con un fragmento de “El mal de Berta”, un relato de Viviana Centol que forma parte de *Los mejores cuentos de brujas*,² que dice así:

– Hemos pescado a Berta leyendo... esto, a escondidas –respondió con una mueca de disgusto.

Al echar una ojeada a los títulos se espantaron.

– ¡Mentira! –gritó Calixto–. ¡Mi Berta jamás leería semejante... porquería!

Y volviéndose hacia su hija, le preguntó con dulzura:

– ¡No es así, bebé?

El pesado silencio con que respondió Berta fue elocuente. A su madre le empezó a faltar el aire.

– No... no puede ser... –balbuceó jadeante–. No tenemos esa... esa clase de libros en nuestro hogar...

Berta tragó saliva y se animó a responder.

– Los... los saqué de la biblioteca pública... –respondió con un hilo de voz.

El padre se puso de pie de un salto.

– ¡La biblioteca pública! –exclamó–. ¡Yo no pago mis impuestos para que una biblioteca permita que una niña lea estas... estas infamias!

Tiene usted toda la razón –coincidió la directora–, pero creo que no es ese el mayor problema. Porque lo peor es que los ha leído y... y según ella misma ha confesado, le han gustado.

Temblorosa, la madre tomó los ejemplares que la directora había dejado sobre el escritorio y leyó los títulos.

² Del cuento “El mal de Berta”, publicado en *Los mejores cuentos de brujas* de Viviana Centol. Argentina, Arte Gráfico Editorial, 2008.

- Hansel y Gretel... La bella durmiente... Blancanieves y los siete enanitos... El mago de Oz... ¡Pero, hija, en estos relatos siempre ganan los buenos y las brujas terminamos mal! ¿Cómo pueden ser de tu agrado?
- Y... –respondió Berta con timidez–, después de todo, esas brujas se lo buscaron...
- ¡Las cosas que hay que oír! – estalló Dorotea, la maestra de Maleficios Medievales. ¡Cada vez que leo esas horribles historias, se me llenan los ojos de lágrimas! ¡Pobres colegas injustamente maltratadas por esa horrible gente!

¿Qué es lo que permite a Berta encontrarse con esos libros –celosamente guardados– que le abrirán la puerta a nuevos mundos impensados para ella? ¿Es por casualidad? ¿Un descuido de los mayores? ¿La curiosidad de Berta? ¿Su deseo? ¿Qué es lo que permite a Berta desobedecer esas normas preestablecidas?

En *Historias Desobedientes* nos encontramos. Al igual que en la historia de Berta, fue la posibilidad de poder “ver” más allá de lo permitido lo que posibilitó este encuentro. Es sabido que “estamos hechos de historias”, *historias* que se entrelazan con otras *historias*, que tejen y destejen un entramado en el cual nos vamos definiendo. Las historias que nos son transmitidas no pueden –no pudieron– determinarnos, pero pueden limitarnos al momento de querer definir qué rumbo seguir, qué posicionamiento tomar. Pensamientos, sentimientos, modos de interpretar serán de alguna manera consecuencias de esas historias que nos conforman.

Podemos pensar que una familia es, básicamente, un sistema dónde interactúan diferentes actores según ciertas reglas y en la cual se cuentan determinadas historias que las convalidan. Los acuerdos relacionales permiten, prohíben o facultan ciertas conductas organizando la interacción familiar, y posteriormente la vida social. Desobedecer esos acuerdos suele tener un costo emocional muy alto –eso la sabemos de primera mano quienes formamos parte de este colectivo–. Estas reglas a veces son implícitas y otras son secretas, suelen transmitirse a través de canciones, frases, silencios, secretos a voces, miradas, gestos. En nuestras lógicas familiares, el secreto, lo no dicho, el silencio, aparecen recurrentemente y como denominador común. Dice Christian, integrante de HD, en un fragmento de su novela inédita titulada “La Habitación Incendiada”:

Perdiste para siempre a tu oso en el incendio y ahora estás perdiendo parte de la infancia, porque los niños no guardan secretos, no mienten, dicen la verdad con la frescura inocultable de los brotes tiernos. Tu misión es guardar un secreto, vital para tu hermana y muy importante para tus padres, se adivina en la seriedad con la que obligaron tu silencio. Como esa mañana en la que estabas por salir al colegio, hacía calor porque tenías puesto el pantalón corto de gimnasia debajo del guardapolvo blanco, y tu padre se arrodilló delante tuyo, te apoyó una mano en el hombro y serenamente te dijo “si te preguntan de qué trabaja tu papá, deciles que es carpintero. Pero nunca digas que es policía, a ningún compañerito y tampoco a tu maestra, ¿entendiste mi amor?”. Sí, entendiste. Entendiste que tenés que guardar otro secreto más, que tu guarda polvo ahora está más pesado por los dos secretos que guardás en los bolsillos”. Analía reflexiona de la siguiente manera: “Mamá de muy pequeña –incluso transgeneracionalmente, supongo– esta idea de “ser obediente”. Que hay que hacer caso, que no hay que contestar, que es mejor callarse, que “por algo será”, que “mejor no te metas”. Pasé muchos años repitiendo el discurso obedientemente aprendido en el seno familiar. Cuando mi papá es interpelado por la Justicia, ya que debía dar cuenta de su accionar durante el terrorismo de Estado, yo tenía 24 años y jamás se me hubiera cruzado por la cabeza poner en duda su integridad moral.”³

Muchas veces el no saber implica el no entender y el no poder preguntar, pero también el saber en estas lógicas obtura, aísla, perturba. Dice Eli, en uno de sus escritos autobiográficos:

Pasó el tiempo y algún día del año 1984, comenzó a enterarse del “Nunca Más”, de que su padre era acusado con otros militares de hechos atroces y sintió mucho desconcierto y mucho temor. No podía hablar ni preguntar, oía las quejas de su madre, de su padre y el silencio de buena parte de la familia. Callaba, imaginaba. Se sentía incluida en opiniones que ella no compartía.

³ Este fragmento, y los que siguen, forman parte del volumen *Escritos Desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia*, que saldrá por Marea editorial en noviembre de este año.

Sentía y temía los gritos en reacción a sus dudas, a sus preguntas. Comenzó a apartarse, a alejarse de a poco sin escándalos, alejarse para no ser atropellada. Eligió, tal vez no del todo consciente, invisibilizarse para esa gente, construir su propio mundo.

Laura, otra compañera, en un cuento escrito mucho tiempo antes de conocernos y que ahora forma parte de *Escritos Desobedientes*, nuestro libro de próxima aparición, relata:

Su padre, con voz indiferente, dijo:

–Hija, esas cosas pasan...

–Pero ¿no van a hacer nada? ¿Se piensan quedar así... tan tranquilos?

–¡No hablés así, Claudia! Con esas cosas hay que tener cuidado, la gente nunca es lo que parece, las apariencias engañan –señaló el padre.

–Pero papá, ¡María Rosa y Eduardo son mis amigos! ¡Amigos! ¿Entendés? ¿Qué me enseñaste de la amistad? Además...

–Bueno ¡basta! Escuchá bien lo que te digo: no quiero que te involucres en esto, y este tema no se toca más ¿Entendiste?

La conversación terminó abruptamente.

En *La Construcción Social de la Realidad* (1966) Peter Berger y Thomas Luckman señalan que el concepto de “socialización primaria” refiere que el individuo al nacer es inducido a participar en la dialéctica de la sociedad y que el punto de partida de este proceso lo constituye la internalización: la aprehensión o interpretación inmediata de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, o sea, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de “otro” que, en consecuencia, se vuelven subjetivamente significativos para él. La internalización constituye la base para la construcción de los propios semejantes y para la aprehensión del mundo en cuanto realidad significativa y social.

Esta aprehensión no resulta de las creaciones autónomas de significados por individuos aislados, sino que comienza cuando el individuo “asume” el mundo en el que ya viven otros. La socialización se define como la inducción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él. La socialización primaria es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez, por medio de ella se convierte en miembro de la sociedad. La socialización secundaria es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad.

En este sentido, podemos pensar que las definiciones de nuestros padres –o referentes primarios– fueron asumidas (se podría, también, pensar que fueron impuestas), por lo menos en un primer momento, como realidad objetiva. Los otros significantes –nuestras familias– mediatizan el mundo y lo modifican en el marco de las lógicas intrafamiliares inmersas fuertemente, a su vez, en lógicas institucionales de las que forman parte –como sucede con el notable y fuerte sentido de pertenencia a las Fuerzas Armadas y de Seguridad–. De esta manera, se seleccionan aspectos del mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y también en virtud de las idiosincrasias individuales, biográficamente arraigadas. Cabe mencionar que, siguiendo a estos autores, la socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo: se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional.

Cuando nacemos no elegimos a nuestros padres. Esta desventaja, injusta e inherente a la situación de lxs hijxs, tiene la consecuencia obvia de que, aunque no seamos simples espectadores pasivos en el proceso de socialización, fueron nuestros padres quienes dispusieron “las reglas del juego”. Así, lxs hijxs no pueden –en un primer momento– intervenir en la elección de otros significantes, y se produce el inevitable proceso infantil de identificación. Internalizamos el mundo como el único que existe y que se puede concebir. Un largo proceso de deconstrucción será necesario entonces para poder visibilizar “otros mundos posibles”.

Dice Verónica, integrante de Historias Desobedientes sobrina de un genocida chileno radicada en París:

Los Desobedientes desafían los prejuicios más obstinados, mostrando que la filiación en realidad supone una tensión entre *lo mismo* y *lo otro*, de modo que el odio no necesariamente engendra odio y que bien puede, con el paso de las generaciones, transformarse en su contrario.

Eli reflexiona acerca de su propia experiencia como hija de genocida:

Y tuvo hijos, y eligió criarlos lejos de las opiniones y la influencia de esos abuelos irracionales, llenos de odio. [...] Pasado el tiempo, con algo más de conocimiento y entendimiento le gusta pensar que esos hijos que crio junto a su compañero, que gustan de juntarse a cantar, vivir y festejar la vida, puedan ser '*Hijos del Pueblo*'.

El título de un poema de Lorna Milena se refiere igualmente a esa posibilidad de que el fruto trascienda la semilla: “Odio, ahora sos pañuelo blanco”. Dirigiéndose al suboficial de la Prefectura Naval Argentina que fue su padre, sostiene:

Todo lo que me diste fue
el miedo,
el desprecio,
el dolor y la ira.
Todo eso que fue tu legado
lo convertí en pañuelo de amor,
de resistencia,
de libertad,
de justicia.
Te gané.

Fue para Berta el poder entrar en la “biblioteca pública” la posibilidad de acceder a otros mundos posibles, conocer otras historias. Ahí, donde aparece lo público en contraposición –y en superposición– a lo privado, se fisura el hermetismo y

estallan nuevos sentidos. En los relatos al interior del colectivo “lo público” se introduce a veces en la escuela, por una amiga, tal vez la pareja o el ingreso a la universidad, puede ser un libro o la noticia en un diario o noticiero lo que pudo generar ese delgado puente entre el mundo “íntimo-privado” y “público-social”. Sostiene Carolina en el prólogo del libro de *Escritos Desobedientes*:

Los desobedientes se proponen búsquedas subjetivas y subjetivantes, agenciamientos políticos en tránsito y proliferación. En estas imágenes es posible, entonces, volver a mirarnos, encontrarnos con quienes *éramos*, con quienes *somos*, con quienes *podríamos ser*. Doble gesto político: impugnar las identidades impuestas por la *ley del padre*, por los *padres genocidas*, explicitar que no somos quienes ellos *querían que fuéramos*; constituirnos, así, en lo posible, en lo pensable.

Dentro del círculo familiar y social en el cual crecimos no se formulan preguntas porque se acepta que las cosas *son como son* y, “afortunadamente”, poco se puede hacer al respecto. La familiaridad es enemiga acérrima de la curiosidad y de la crítica, y por ende de la innovación y el coraje de cambiar. Es cuando se filtra lo público en este mundo tan cerrado, tan privado, tan de privilegio, cuando aparecen las preguntas que nadie se hizo. Estas preguntas indefectiblemente transforman las cosas evidentes en rompecabezas: *desfamiliarizan* lo familiar. De pronto, la forma de vida cotidiana es puesta en tela de juicio y, desde ese momento, parece ser solo una de las formas de vida posibles. No lo natural ni tampoco lo único. Nos volvemos entonces menos manipulables, más sensibles, cuestionamos las ideas que pretenden ser certezas (y esto se vive como el horror y el espanto en nuestras familias). Así lo cuenta Nicolás, nieto de dos genocidas, en un monólogo que pronunció en la obra teatral *Habitus*:

Podría quejarme de mi educación católica, mis tíos militares, mis padres gorilas. Pero yo era feliz en esa burbuja, yendo de vacaciones a casinos militares, jugando entre tanques y defendiendo su discurso fascista. Hasta que, en el año 2003, “los sucios montoneros llegaron al gobierno y mi heroico

abuelo fue detenido injustamente por un montón de terroristas buscando venganza”, eso fue lo que escuché. Orgullosa, lo repetí, pero mi “bello discurso” tenía sus días contados. A los quince años me enamoré de Lucía. Tenía un tío desaparecido y varios de sus familiares se habían tenido que exiliar durante la dictadura (si alguien conoce a su madre, háganme el favor de mandarle mi eterno agradecimiento por tener tanta paciencia con un chico tan soberbio y confundido).

Con ellas fui a mi primera marcha, un 24 de marzo, a 30 años del golpe militar. La plaza estaba colmada de millones de gargantas que gritaban que mi abuelo se pudra en la cárcel; millones de manos sosteniendo carteles con los rostros de las personas que mi familia ayudó a destruir. Recuerdo la vergüenza de mi nombre y el miedo de ser reconocido por quien era: el engendro de un genocida. 30 años desde que dejaron 30 mil historias sin terminar, y yo defendiendo al señor que me iba a buscar al colegio y me enseñó a hacer asados.

El derogamiento de las leyes de impunidad y la reapertura de los Juicios por la Verdad marcan un punto de inflexión en muchos recorridos personales de los integrantes del colectivo. Visibilizaron al interior de las familias aquellos que se pretendía ocultar.

El dolor de la aceptación, la transformación

Al igual que relata H. G. Wells en *El País de los Ciegos*, pronto descubrimos que el poder ver no sería una condición valorada al interior de nuestras familias. Somernos a la ceguera era la única opción viable para continuar formando parte del clan. En el país de los ciegos poder ver es una deformidad, signo de idiotez e incompetencia. Pero como le pasó a Núñez no pudimos somernos a los cirujanos dispuestos a extirparnos los ojos.

Comienza entonces un camino solitario y doloroso, lejos de los vínculos afectivos más primarios. Este camino es singular y cada cual lo transita en diferentes momentos de su historia y a distinta edad. Describe Bibiana cómo fue aquel 24 de marzo del 76:

Trabajaba en el Centro, por esos días. Poco, muy poco contacto con mi padre, por entonces ... Él siempre apurado, malhumorado, fastidiado, desde que volvió al Servicio de Inteligencia del Ejército en 1972, con un par de infartos encima.... por esos años...

Los años previos, todo se iba enrareciendo, día a día..."los falcons, con 4 tipos visiblemente armados"... "algo habrán hecho" y "yo argentino", fueron paisajes y frases acuñadas, en lo más profundo de nuestra identidad nacional...

La hiperinflación, dió su estocada, para que ese 24 de Marzo de 1976, la mayoría de las personas que caminaban por el centro porteño, se mostraran felices, como apuradas para ir a brindar con los amigos.

El aire se iba cargando de terror, pero las personas de la calle, parecían circular por otra realidad... O quizá, yo vivía otra realidad, y podía ser capaz de percibir lo que se venía preparando, desde mucho tiempo atrás...

Lloré ese día, tuve mucho miedo ese día, fue espantosamente inolvidable, ese día.

Y hoy lo conmemoramos, lo recordamos con otros. Y al recorrer el centro porteño, miro las caras de quienes tienen mi edad, o mayores... y pienso ... ¿serías uno de los que iban a brindar? ¿le habrá dado lo mismo ese día? ¿o no estaba llorando tan sola, como creía?

Liliana afirma:

Mi proceso interno por esta realidad demoledora fue bien largo. Recién cuando me divorcié –en el año ‘94, a los treinta años– y me asumí como lesbiana, pude comenzar un camino crítico y de revisión de todo lo que me habían dicho mis padres y lo que circulaba en el ámbito de la "familia militar", en donde había vivido hasta entonces. Igualmente, debo admitir que en esos primeros años, aunque ya era crítica del gobierno militar y de los horrores que se habían dado a conocer en cuanto al accionar del terrorismo de Estado, seguía sin poder indagar en lo que había pasado en Mendoza, queriendo creer en lo que me habían respondido mis padres alguna vez que pregunté: que la represión en Mendoza no había sido de una magnitud tan tremenda como en Buenos Aires (ciudad en la que vivo desde el año 1982).

Confieso, con pesar, que me llevó muchos años poder indagar realmente en lo que mi padre había hecho. Recién cuando lo llevan a juicio, a finales del 2008, yo comienzo a buscar información detallada del horror que también se había perpetrado en la provincia de Mendoza, y del cual él había sido uno de los mayores responsables dado su cargo como Jefe del Departamento de Inteligencia del Comando de la Brigada

Un camino que se realiza en solitario, como parias, expulsados de la propia familia por no poder negar ni convalidar los crímenes silenciados. Así lo expresa Lorna en su blog “Hija de Milico”:

¿A quién le iba a contar? Todo el barrio era de milicos. ¿Quién iba a decir qué a quién?

Era un barrio hecho por PNA; en esa época los sindicatos y distintas organizaciones de trabajadores hacían sus barrios y las FFAA también. Personal subalterno de PNA, la mayoría de los vecinos; pero había algunos policías, algunos del ejército, algún gendarme. Pienso en la obediencia debida, en cómo esos delincuentes, incluido mi padre, se zafaron de la justicia y en cómo a todos los hijos e hijas nos dejaron en poder de nuestros captores. Porque si en el '85, cuando se inició el Juicio a las Juntas, se hubiera hecho lo mismo con todos los involucrados, yo tendría una pista de quién era en el fondo ése que, biológicamente, era mi padre, y no hubiera sido yo la “loca”, la “hija descarriada”.

Él era un torturador, un asesino, o lo que sea que haya hecho. Yo tenía razones de sobra para querer huir de eso. Porque siempre lo que queda en las sombras es tan dañino como lo que sale a la luz. En ese momento, para la ley, todos esos delincuentes no eran culpables de nada porque “obedecieron órdenes”. El premio de la impunidad para quienes disfrutaron la tarea, o para quienes no tuvieron el coraje, de enfrentar al monstruo.

Como si fuera un *destierro* a otros mundos posibles, y luego de un largo peregrinar, nos encontramos hoy conformando este colectivo que irrumpe en la escena pública de manera

inaudita e inesperada. Allí, donde confluyen las tensiones entre la elaboración personal, íntima de la experiencia traumática y la elaboración social y política de los sentidos públicos de los acontecimientos desde los cuales hacer memoria. Allí nos encontramos, desobedeciendo la “ley del padre”, los mandatos de silencio y las lógicas de lealtad. A partir de una búsqueda genuina, del querer ser. Dice una nieta desobediente:

Me refiero a tantas cosas... entre ellas, el haber escuchado, y aprehendido, ciertas aseveraciones sobre la última dictadura, formas de hablar –muy escasas– de eso, de mencionarla –“el proceso”. Formas de relacionarme con otros, formas de percibir y significar los vínculos, la familia, el amor, el poder, la autoridad, la sociedad, el sexo, la salud, los gobiernos, la política, la educación, la religión, Dios, el mundo, todo... Formas y costumbres que son la norma del clan, muchas de las cuales no puedo sostener más porque me lastiman.

En este marco nos comenzamos a encontrar, cuando con las contradicciones más íntimas propias del repudio incuestionable hacia los crímenes cometidos por aquel a quien se ama, o a quien se debe lealtad decidimos salir a la calle en contra del 2x1. Expresa Bibiana:

Esto fue un proceso de varias décadas, en el que la posición de repudio directo hacia mi padre tuvo un correlato de vínculo afectivo amoroso. Desde esta contradicción, afirmo que el repudio cobra mayor sentido, mayor fuerza, como genuina posición ética, a partir del lazo de afecto. La intensidad de esta contradicción, su complejidad, es muy difícil de explicar. Existe una habitual tendencia a buscar argumentos, a construir una historia familiar en la que se pueda rescatar cierta integridad moral en el ser querido, en torno a hechos que carecen totalmente de ella.

También Liz escribe acerca de esta profunda contradicción:

Amé profundamente a mi padre, con sus aciertos y errores. También repudí con la misma intensidad sus actos como hombre. Me va a doler en el alma siempre, siempre, lo que hizo durante la dictadura. Sé que puede ser muy difícil para algunos comprender lo que digo, pero esta es mi verdad, así de simple. Tal vez sea esto, el amor y el repudio, lo que me permite cumplir con mi misión: cortar la condena de cien años soledad para mi stirpe, que mis hijos y mis nietos no carguen con el peso del horror y el silencio.

Esa mochila es mía. La voy vaciando, hoy, como orgullosa desobediente; alguien que puede mirar a cualquiera a los ojos sin vergüenza, por ser la hija de... yo, que puedo romper con el silencio para pronunciarme; yo, que puedo salir con un cartel a la calle pidiendo, exigiendo Memoria, Verdad y Justicia para las víctimas de ese hombre que fue mi padre.

Con el convencimiento que nada bueno puede surgir de la mentira, del silencio, del ocultar. Y con agradecimiento a una sociedad que nunca bajó los brazos, que siempre siguió reclamando por Memoria, Verdad y Justicia.

En *La saga de los confines* Liliana Bodoc cuenta que...

Cada familia husihuilke conserva un cofre, heredado por generaciones, que los mayores tenían consigo. Aunque tenía menos de dos palmos de altura, y un niño podía rodearlo con sus brazos, en él se guardaban recuerdos de todo lo importante que le había ocurrido a la gente del linaje familiar a través del tiempo. Cuando llegaban las noches de contar historias, volteaban el cofre haciéndolo dar cuatro tumbos completos: primero hacia adelante, después hacia atrás y, finalmente, hacia cada costado. Entonces, el más anciano sacaba del cofre lo primero que su mano tocaba, sin vacilar ni elegir. Y aquel objeto, evocador de un recuerdo, le señalaba la historia que ese año debía relatar. A veces se trataban de hechos que no habían presenciado porque eran mucho más viejos que ellos mismos. Sin embargo, lo narraban con la nitidez del que estuvo allí. Y de la misma forma, se grababa en la memoria de quienes tendían que contarlo, años después.

Los husihuilkes decían que la Gran Sabiduría guiaba la mano del anciano para que si voz trajera desde la memoria aquello que era necesario volver a recordar. Algunas

historias se repetían incansablemente. Algunas se relataban por única vez en el paso de una generación; otras, quizás, nunca serían contadas.

- Pienso en las viejas historias que quedaron para siempre dentro del cofre – dijo Thungür- Si nadie las contó, nadie las oyó. Y si nadie las oyó...

- Nadie las recuerda – completó Kush, que llegaba con su vasija cargada de menta dulce-Siempre repites lo mismo y me obligas a repetir a mí. ¡Tantas veces te lo he dicho! Cuando algo ciertamente grande ocurre suelen ser muchos los ojos que lo están viendo. Y muchas las lenguas que saldrán a contarlo. Entonces, recuerda esto, las viejas historias que jamás se cuentan alrededor de un fuego, alrededor de otro se contarán. Y los recuerdos que un linaje ha perdido viven en las casas de otros linajes.

Nos quedan estas palabras a modo de conclusión y como una metáfora de cómo la memoria colectiva puede trascender el hermetismo de los círculos íntimos y privados deconstruyendo lógicas y sentidos unilaterales, posibilitando esas preguntas, dudas y búsquedas que nunca hubiesen existido. Habilitando el paso a otros sentidos y mundos posibles que hoy, los familiares de genocidas podemos también habitar.